

Vindel Gamonal, Jaime, *Estética fósil. Imaginarios de la energía y crisis social*. Barcelona, Arcadia, 2020. ISBN: 978-84-121215-9-9, 364 pp.

Carlos Caranci Sáez¹

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfvii.11.2023.37102>

En medio de una guerra más que nunca *energética*, en donde la retórica de una de las partes habla de la lucha contra un modelo autocrático *fossilizado* en favor del *progreso* democrático y «verde» mientras compra hidrocarburos a estados autoritarios, resulta más pertinente que nunca atender a los imaginarios industriales. Comprender la estética como el área intersticial entre lo material y las ideas, le sirve a Jaime Vindel, historiador del arte e investigador Ramón y Cajal del Instituto de Historia del CSIC, para mostrar cómo, desde mediados del s. XIX, una serie de metáforas «poderosas» (p. 74) secundaron el auge de la física termodinámica e instauraron la conceptualización moderna de la energía como paradigma cultural.

En la estela de trabajos contemporáneos como los de Jason W. Moore o Andreas Malm, sobre cómo la lógica de explotación de los combustibles fósiles ha constituido el capitalismo histórico y las políticas a él asociadas, lo que distingue y añade valor a *Estética fósil* es la atención puesta en la teoría cultural, la historia del arte y la estética. Con Castoriadis, Vindel puede sostener que los imaginarios energéticos de la era del industrialismo no deben entenderse según la disposición base-superestructura, asociada a una visión tradicional del marxismo, ni como la coartada que legitima *a posteriori* las políticas extractivas. Antes que proveernos de una representación de la realidad fáctica, los imaginarios actúan sobre nosotros: no solo materializan nuevas relaciones sociales y de producción, o nuevas instituciones privadas y estatales; también determinan la experiencia sensible que constituimos de la realidad, imponiendo una comprensión productivista de la misma: industrializan nuestra percepción y naturalizan la imposición del modo de producción capitalista. Las tesis de Carnot o Von Helmholtz instituyeron un paradigma energético que condicionó la manera de pensar, desde la teoría económica –Marx– hasta la psicología –Freud–, operando, así, como una suerte de «inconsciente cultural» de la modernidad capitalista (p. 63).

Apoyándose en numerosos autores, como Richard Serres o el imprescindible Malm para el análisis de las políticas energéticas, Terry Eagleton para el de la ideología, o Anselm Jappe para la crítica al valor, *Estética fósil* analiza la imagen moderna de la energía –la canalización de un reservorio irreductible de potencias crudas, contenido por los límites biofísicos del ecosistema, por parte de un proceso fabril que adopta el rol prometeico de transformarlas para beneficio de la humanidad– y lanza una crítica a la idea de progreso, cifrada como la predominancia, en los imaginarios productivistas, de la primera ley de la termodinámica, de donde se deduce una «estética fósil» aceleracionista, voraz, basada en una comprensión productiva del universo.

1. Universidad Complutense de Madrid/ UNED. C. e.: ccaranci@ucm.es
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-2693-4093>

Atender al análisis de los imaginarios energéticos es esencial para captar la postura política del autor. En primer lugar, es un imaginario del que no logra escapar la concepción teleológica de la historia que proponen los autores marxistas (p. 80). En segundo lugar, influye en las teorías, de éxito en la academia, que desde Deleuze en los 80 (habría que especificar: el Deleuze que escribe junto a Guattari) a los nuevos materialismos, pasando por Didi-Huberman, exaltan las manifestaciones antilineales y vitalistas de la historia, el deseo en abstracto y el dinamismo libidinal, en tanto que transgresiones contra la rigidez de lo institucional. Considerándolas como ulteriores expresiones de la concepción energética capitalista, Vindel imprime, en cambio, pausa política, y anima a distinguir aquellos deseos que no estén ligados al imaginario del movimiento y la canalización de la energía, abogando por una educación en el compromiso con el otro, el deber y la responsabilidad compartida (pp. 176, 273).

Uno de los puntos fuertes del ensayo es la evitación de culturizar la naturaleza, o de naturalizar la cultura: se describe el condicionamiento de la primera sobre la segunda, pero dando cuenta del pliegue que encarnan las construcciones sociales respecto a la hipotética textura natural del individuo como especie animal. Psicoanalíticamente, hablaríamos de la inadecuación simbólica del individuo al entorno en el que se ve integrado, constitutiva de su condición de sujeto. Vindel, por su parte, frecuentando numerosas y heterogéneas fuentes, desde Lucrecio a Prigogine, habla de entropía, reverso oscuro y segunda ley del canon termodinámico, entendida como la «espiral» que reorienta la «línea» telética del progreso hacia «estructuras de autoorganización y disipación» de la energía (p. 83). Su valor político no reside solo en que perturba el avance positivista –extenuación de la fuerza trabajo y agotamiento de los recursos naturales–, sino en que desplaza al ser humano como agente absoluto, imponiendo una tendencia situada más allá de su voluntad: Vindel lo declina, por ejemplo, como fatiga, en tanto que desvío respecto de la noción capitalista de trabajo como uso de los cuerpos.

Pero, tal vez, merece la pena acentuar aún más la fuerza teórica de la noción de entropía. Debemos considerarla no ya como lo que vulnera la línea temporal del progreso, sino como el factor de incertidumbre que, precisamente, la constituye y que logra captarse, de forma sintomática, como un resto en los sistemas imaginarios dominantes, todo lo que ha quedado fuera de los mismos: el aura perdida en Benjamin, el genocidio cultural de los ritmos populares en Pasolini, la supervivencia de las fórmulas expresivas de la antigüedad en Warburg. No es una alusión nostálgica, o esencialista, a modos de vida premodernos, sino una reivindicación de formas culturales, individuos y actitudes que escapan a la flecha del tiempo de la teleología fósil y que la lógica imperialista burguesa considera no productivas. Memorias, folklore y relaciones a pequeña escala forman una estética, también fósil, pero entendida esta vez como la larga duración de la sedimentación de fuerzas débiles, una «geología de las pasiones» (p. 15) que forma la matriz para una resistencia que aflorará a la «superficie de la historia» bajo la forma de «revoluciones» (p. 181). *Estética fósil* nos enseña que trabajar en el registro de las apariencias, dialécticamente, implica una intervención sistémica: en el sistema productivo y en las relaciones metabólicas con el mundo.